

AN
IX
48



289 - 31 3-3

Est 37

T 7^a p 12

M. MARTINEZ BARRIONUEVO.

RASGOS Y PINCELADAS

58/10
Diaz de Escobar
ABOGADO
MALAGA

1881.

BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
DE

Salvador Manero,
82, Lauria, 82.

MÁLAGA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DEL

Correo de Andalucía,
7, Casapalma, 7.

860-1
MAR
ras

26-14

RASGOS Y PINCELADAS

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

M. MARTINEZ BARRIONUEVO.

RASGOS

Y

PINCELADAS

R. 17. 197

1881.

BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
DE

Salvador Manero,
82, Lauria, 82.

MÁLAGA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DEL
Correo de Andalucía,
7, Casapalma, 7.



Es propiedad del autor.

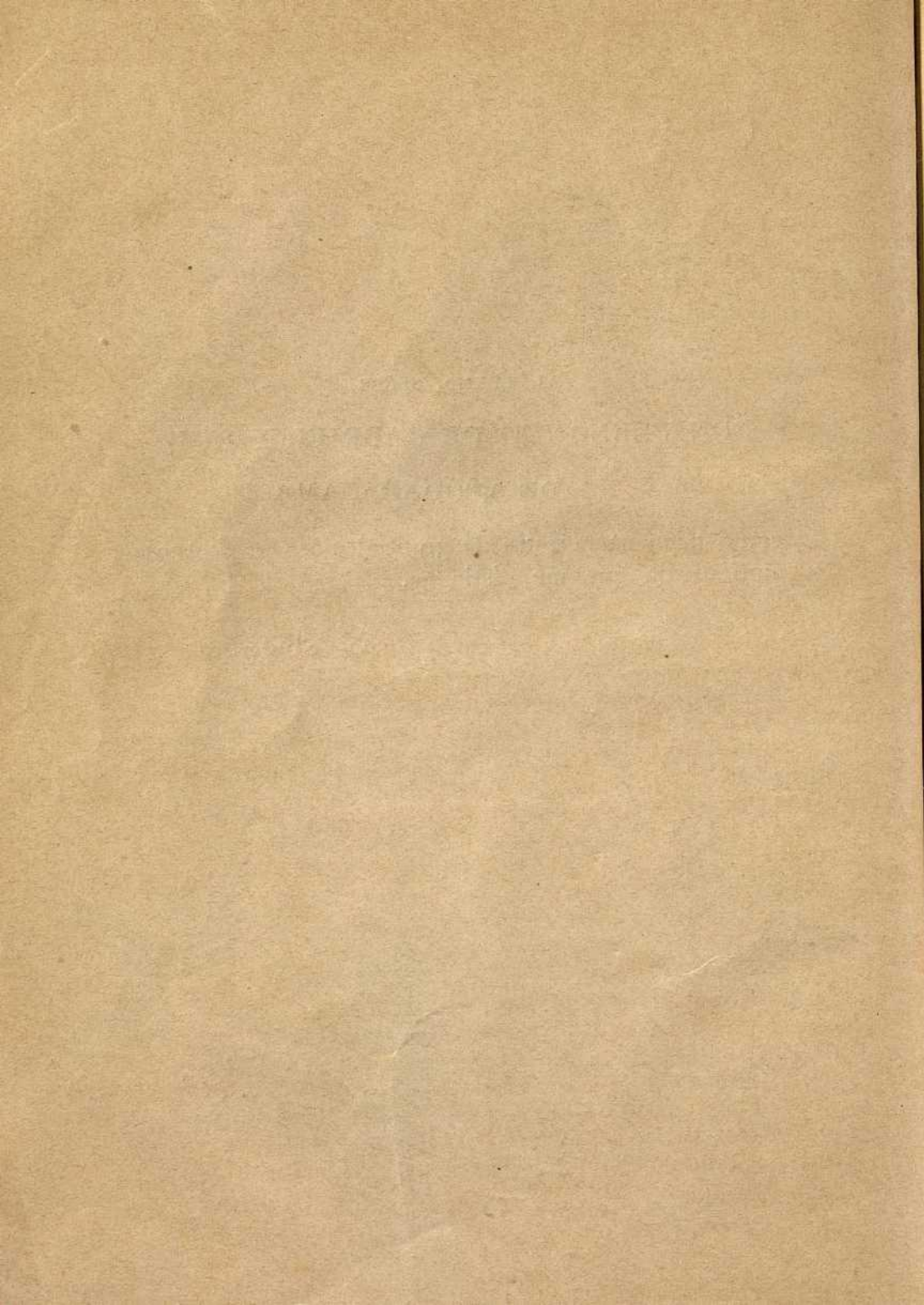
AL ECXMO. SEÑOR

DON FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ

DE APODACA,

como pequeña muestra de gratitud por la afectuosa
amistad con que me distingue.

El Autor.



A LOS OJOS DE UNA DAMA.

Os he visto una vez y al esplendente
Y fúlgido mirar de vuestros ojos,
La llama del amor ardió en mi pecho;
Dejad, señora, que mi amor ardiente
Os quiero revelar puesto de hinojos
Ante vuestra hermosura,
Y yo os juro por Dios, dama arrogante,
Que el carmíneo matiz de los sonrojos
No cubrirá la pálida blancura
De vuestra frente altiva; que os respeta.
Respetándose así vuestro poeta.

En el primer albor de una mañana
De hermoso cielo, perfumadas brisas
Y flores que inspiraban los amores,
(No tan galanas como sois galana
Que en voz está la reina de las flores)
Del mar en la rivera, reclinado
Contemplaba extasiado

Como despunta el sol por el Oriente,
Cuando cerca de mí, puro y radiante,
Otro sol deslumbrante
Hizo de aquel palidecer la frente
Y ocultar sus dorados arreboles
Hijos de la alborada;
Y era este nuevo sol, vuestra mirada
Que es el sol mas hermoso de los soles.

Mas grandeza, señora, no sabia
Que pudiera encerrar aqueste mundo
Y engañado vivia;
Pues comprendí con tan grandiosa muestra
Que es aun mas grande la grandeza vuestra,

Ni vuestra larga cabellera undosa,
Negra como la noche;
Ni vuestros lábios cual purpúrea rosa
De nacarado broche;
Ni esa vuestra garganta que alabastro
Parece de nevada;
Ni vuestro seno púdico y turgente,
Espléndido tesoro de valia
Que entre tules y encages se escondia;
Ni el pisar delicado
De vuestra breve planta;
Ni vuestra noble magestad que es tanta;
Ni el costoso brocado
De vuestro rico trage, ni las joyas
De brillantes y perlas, que lucidas
A vos iban prendidas,
Nada entonces miré; pues quedé ciego
De vuestros ojos al inmenso fuego,

Y ciego veces mil, por Dios quedára,
Si como entonces, cual cegué, cegára.

Dejad, señora, que del albedrío
Por la anchurosa senda
Siga corriendo el entusiasmo mio;
Que aunque elogiaros sin cesar pretenda
En mi delirio loco,
Para bien elogiaros,
Siempre, dama arrogante, será poco.

No es ilusion que forja el alma mia;
Al veros, se contempla á la judía,
Ruborosa doncella
De lánguido mirar, tranquila y bella
Cuyo temprano amor el alma ansía:
Se contempla tambien la castellana
De la mansion feudal, dama arrogante
Que escucha palpitante
Desde el adarbe ó la sombría almena,
La amorosa y sentida cantilena
Que eleva ansioso trovador amante:
Se contempla tambien á la matrona
Del tiempo ya pasado
Que, sin cetro, sin reino y sin corona,
En su carro de guerra
De sangre salpicado
Se aclamaba señora de la tierra,
Y se contempla en fin, á la sultana,
Que tras de la arabesca celosía
Pulsa el arpa de oro,
Elevando á la par triste y sonoro,
Melancólico canto de agonía.

Por eso en vuestros ojos, mi señora,
Resplandece una luz irradiadora,
Que ciega, mata, alumbra y presta vida,
Dando de aquesta suerte
Al alma que os adora enardecida,
Luces, tinieblas, existencia y muerte.

Amor, señora, por piedad os pido;
Dad á mi pecho de pasión henchido
La dulcísima calma,
Y miradme por Dios, como mirais
Cuando por vuestros ojos arrojais
El alma, que es la vida de mi alma.

EL CANTO DE LA VESTÁL.

Nadie goza en la existencia
Como puedo yo gozar,
Pues nadie posee los dones
Que á mi los Manes me dan;
Soy noble, soy poderosa,
Su amor me brinda la paz...
¿Quién goza la dicha? ¿Quién goza el encanto
Que gozar pudiera, la hermosa vestál?

Lo mismo me reverencia
El esclavo que el señor;
Que á las vestáles, nos rinden
Respeto y admiracion,
El sacro fuego del ara
Al mantener con amor,
Ya al rayo de plata de pálida luna,
Ya al rayo de oro de cálido sol.

Mi aposento es nacarado
Como la espuma del mar
Y blanco tambien mi lecho,
Cual la misma castidad
Que pintan en Vénus púdica,
La de hermosura sin par;
Que nadie es tan noble, tan pura y hermosa,
Como es noble y pura la hermosa vestál.

Las turmas de los cesáreos;
Los gritos del pueblo rey;
Las voces de los ediles,
Todos callan á una vez
Si escuchan mi dulce acento;
Y es tan grande mi poder,
Que ejércitos, pueblos, patricios y esclavos,
Me acatan cual diosa de olímpico eden.

Si en su carroza de fuego
Pudiera ante mí pasar
El rubio y hermoso Apólo
Y contemplára mi faz
Y mi seno de alabastro
Y mi noble magestad,
Rendido de amores Apólo quedára,
En él imperando la hermosa vestál.

Los gladiadores del circo
Que solo temen al Dios
Del estruendo y de la guerra,
Mudos quedan á mi voz:

Si quiero, al esclavo aparto
De las garras del leon;
Y el pueblo que ocupa del circo las gradas,
Me aclama lo mismo que á su Emperador.

Coronas de frescas flores
Puedo en mi sien ostentar;
De lino en la blanca túnica
Ocultas mis formas van;
Sandalias calzo de oro,
Mi hermosura es sin rival,
Y el templo de Vésta, me acoje en su seno
Cual joya preciada, pues soy su vestál.

Tengo en el templo jardines
Bellos como la ilusion,
Donde perfuman las rosas
El ambiente con su olor,
Y do rumores se escuchan,
Con la grata entonacion
Que forman las ondas rizadas del Tíber;
De céfiro alegre las risas de amor.

Tambien, cual hermosa lámpara
Que fulgúra sin cesar,
Entre la verde floresta
Se vé á la luna brillar;
La diosa de rostro pálido,
Que con placentera faz
Sonrie escuchando las dulces canciones
Que á Flora dedica la hermosa vestál.

Pero ¡ay! que mi noble estirpe,
Mi poder y mi esplendor,
Todo lo vé con tristeza
El doliente corazon;
El hijo de Marte y Vénus
Con sus saetas me hirió,
Y sufro adorando y adoro muriendo;
Que la diosa Vésta castiga el amor.

Fronδας de bosques umbrosos;
Rizadas ondas del mar;
Céfiros de las mañanas,
Unidos todos, alzád
Un canto á la diosa Vésta,
Diosa de inmortalidad,
Y en tristes arrullos llorad mi agonía;
Que pronto habrá muerto la hermosa vestál.

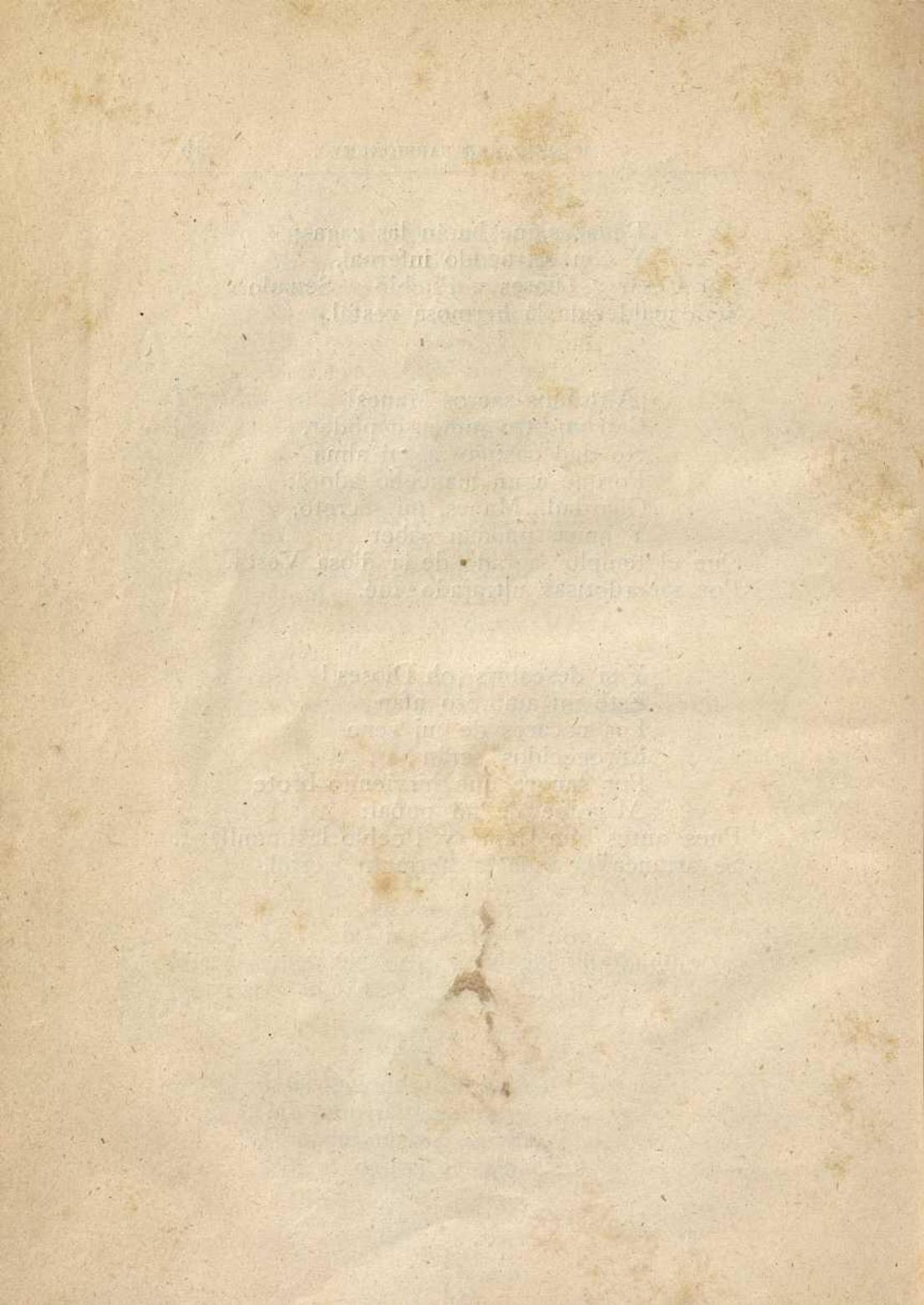
Matrona, liberta, esclava,
Sea cualquier su condicion,
Goza mas en la existencia
Que goces disfruto yó:
Y si saben los pontífices
Que abrí mi pecho al amor,
Mis crenchas de oro, de dogal sirviendo,
De tristes martírios moriré al dolor.

Las deidades infernales
Mi seno desgarrarán
Con indomable fiereza,
Por el delito de amar:

Pedazos me harán las zagas;
Y con estruendo infernal,
Por César y Dioses y Pueblo y Senado
Será maldecida la hermosa vestál.

¡Altísimos sacros Manes!
Con vuestro inmenso poder,
No dad castigo á mi alma
Porque á un mancebo adoré;
Guardad, Manes, mi secreto,
Y jamás puedan saber
Que el templo sagrado de la diosa Vésta,
Por sacerdotisas ultrajado fué.

Y si descubríis ¡oh Dioses,!
Este mi amoroso afan,
Los nácares de mi seno
Enrojecidos serán
Por sangre que hirviendo brote
Al golpe de mi puñal;
Pues antes que César y Pueblo la humillen...
Se arranca la vida la hermosa vestál.



A ROSA. (1)

LOS DOS VERGELES.

Hay vergeles cuyas flores
purísimas á porfía,
sus hálitos seductores
inspiran al alma amores,
y al corazon alegría.

Donde bulle trasparente
el cristalino arroyuelo,
que al resbalar blandamente
copia en su limpia corriente
los luminares del cielo:

(1) Con motivo de la muerte de sus tres hermanos, acaecida en el espacio de cortos meses.

Donde entre el grato rumor
de los céfiros suaves,
trina el pardo ruiseñor
y forman himnos de amor
brisas, flores, linfas, aves.

Crece allí la rosa ufana,
cuya esencia embriagadora
con los inciensoş hermana,
que la córte soberana
de los cielos, atesora.

Las frescas auras de Abril
la acarician con dulzura;
y por lo bella y gentil,
es llamada en el pensil
la reina de la hermosura.

Y aunque con encanto tanto
existen flores hermosas,
es la rosa el desencanto;
porque es alma sin encanto
el triste vergel sin rosas.

.

Angel que con alegría
en pos remontas las alas
del goce que tu alma ansía,
mostrando así la valía
de tus purísimas galas;

Niña en los puros albores
del encanto verdadero,
que sin pena y sin temores
solo vás hallando flores
de la vida en el sendero.

Aun existe otro vergel
vergel que á todos concilia;
pues mas hermoso que aquél,
es del alma espejo fiel;
el hogar de la familia:

Sus lazos divinos, son
las santas flores preciadas,
cuya grata emanacion
impregnan el corazon
de las dichas anheladas.

Se contempla en el hogar
santuario del amor,
entre estas flores, brotar
las rosas, y descollar
por su hermosura y candor.

Los padres les dán la vida
con mil afanes prolijos,
viendo la ilusion cumplida
de la dicha apetecida;
que esas rosas son los hijos.

Tú, Rosa, que por hermosa
el hogar te dió la palma,
por ser tan preciada rosa,
con tu esencia deliciosa
devuelve al hogar la calma.

Vuelve á tus padres queridos
la paz hermosa del cielo,
dulces encantos perdidos
al ver los tallos caídos
de flores que eran su anhelo.

Pues son, niña, tus hermanos,
tiernos retoños galanos,
que del huracan bravío
por los furores insanos,
perdieron color y brio.

Y si al pasar la tormenta
que arrastra en pos borrascosa,
galas que el vergel ostenta,
el vergel ¡ay! se contenta
con que le quede una rosa,

Calmando el anhelo triste,
puedan tambien esclamar
tus padres al sollozar:
¡Que mucho, si aun nos existe
una rosa en el hogar!

A LA ARTISTA ECUESTRE

(ELVIRA RIZARELI)

I.

Vedla sobre el corcel que gira y gira
Rápidamente por la blanda arena,
Como ilusion fugáz que el alma aspira;
Sueño amoroso que la mente llena.

Es una niña; las fragantes flores
De todos los jardines mas preciados,
No ostentan su hermosura y sus colores,
Ni sus aromas son tan delicados.

Ni de sus faldas los nevados tules
Que flotan suaves al ligero viento;
Ni sus hermosas gasas, tan azules
Como el azul del claro firmamento;

Ni su noble figura que aprisiona
El alma y pensamiento al contemplarla;
Ni su mágico hechizo que ilusiona
Al corazon que vive para amarla,

Nada tan bello, como el bien que inspira
Su frente noble y cual la paz serena,
Al contemplarla en el corcel que gira
Del ancho circo por la blanda arena.

¡Niña! ¿Quién la impulsó por el camino
De esa existencia de inquietud constante,
Para vagar cual triste peregrino
Que la senda al perder, camina errante?

¿Tal vez su madre? No: pues no sufriera
Mientras la mira con afan profundo,
Cuando al seguir la rápida carrera
Le tributan aplausos sin segundo.

¡Que afanosas miradas le dirige,
Donde el temor destella que la embarga,
Tal vez temiendo que el corcel que rige
No sepa sostener la dulce carga!

II.

En el hermoso suelo en que se mecen
Las frondosas acacias y palmeras,
Y los esbeltos cicomoros crecen
Por sus risueñas, fértiles praderas;

De la América hermosa, el sol ardiente
Que el campo dora con matices rojos,
Por vez primera iluminó tu frente
Al chocar con la lumbre de tus ojos.

Y en la ardiente y feráz Andalucía
Que en hermosura y en riqueza hermana,
Siendo de España orgullo su valía
Con la ardiente región americana;

En Málaga la hermosa; donde el cielo
Del mar en los cristales se refleja,
Como la imagen pura del consuelo
Que en el pecho doliente la paz deja.

Esta región hermosa del encanto
Fue la primera, Elvira, en consagrarte
Con entusiasta fuego su amor tanto;
Pues ¡Quién si te contempla, no ha de amarte!

Cuando en pos de esperanza lisongera
Del bien disfrutes en la triste vida,
O de tu edad, la dulce primavera
Al encontrarla en nieves convertida;

O cuando del destino, al albedrío
Sigas la senda por cumplir tu sueño,
El ósculo recuerda que te envío
En nombre de este pueblo malagueño.

POMPEYA. (1)

Como fugáz, del corazon doliente
La esperanza se aleja
Que en dulce halago acarició la mente
Y en tristes amarguras
Sus ilusiones convertidas deja,
La rubia cabellera recogiendo
En su dorado broche,
Huye el sol y disípanse sus luces
Con las espesas nieblas de la noche;
Mas luego se alzan los sombríos velos,
Y alumbrando el espacio
Aparece la luna, cual topacio
Que el pabellon sostiene de los cielos

Del astro de la noche, al tibio rayo
Se vé del mar el golfo cristalino,

(1) Esta poesía la dedica el autor á su digno amigo el señor D. Juan
Garese Caballero, Cónsul de Librería en Gibraltar



Que en lánguido desmayo
Y embriagando al alma de alegría
Lanza arrullos suaves,
Como en las frondas de la selva umbría
Lanzan sus trinos misteriosas aves;
Y allá, lejos, más lejos,
De la pálida luna á los reflejos
Se contempla también á la arrogante
Y orgullosa matrona
Que de opulencia y esplendor blasona;
Rica ciudad que el sello degradante
Del festín y la crápula lasciva
Marcado lleva en su hermosura altiva,
Siendo como la antigua Roma brava,
De su libertinaje y su deshonra,
Para eterno baldón innoble esclava.

Cerca del mar que gime tristemente
Y de Pompeya, la matrona hermosa
Que á su arrullo doliente
Lanza una carcajada desdeñosa,
Coronando la cumbre
De elevada montaña, cual diadema,
Su enrojecida lumbre,
Lanza el volcán rugidos concentrados
Que al ímpetu grandioso
De su fiereza misma son ahogados,
Y el resplandor de la purpúrea llama
Que más y más se inflama
Y el plateado rayo de la luna
A Pompeya iluminan, que aparece
Como la meretríz que soñolienta
Descansa de la orgía
Mientras lasciva y descuidada ostenta

De sus correctas formas el encanto,
Cuando el cordón de oro se desata
Que sostiene su manto
De roja púrpura y brillante plata.

¡Pompeya goza! La feliz bacante,
Entre los gritos del festín, eleva
Rico caliz de rojo néctar lleno,
Que ébria de gozo hasta sus labios lleva;
Y el néctar corre por el blanco seno
De la gasa pasando el hilo breve,
Como arroyo de fuego se despeña
Por entre rocas de alabastro y nieve.
¡Pompeya goza! De placer sediento,
El patricio opulento
Tregua dá á sus instintos sensuales,
Con el ósculo ardiente
Que meretríz impúdica le miente
En las desenfrenadas bacanales.
¡Pompeya goza! De placer henchido,
Sin temer de la suerte las mudanzas,
Con sus lúbricas danzas
Y sus festines goza el pompeyano...
Y junto al mar que gime tristemente,
Junto á Pompeya, la matrona hermosa
Que á su arrullo doliente
Lanza la carcajada desdeñosa,
Coronando la cumbre
De elevada montaña, cual penacho,
Su enrojecida lumbre,
Con sus rugidos el volcán aterra
Y á su ímpetu grandioso
Se estremecen los antros de la tierra,
En donde el elemento encandecido,

Con horrible silvido
Libra feroz batalla
Consigo mismo, por hacer pedazos
Sus cóncavas prisiones;
Partiéndose en girones,
Del firmamento en la estension grandiosa
Flota nube sombría;
Elévase rugiente y monstruosa
En montañas de nácar y cristales
Infundiendo pavor la mar bravía,
Y horrorizante y triste y cavernoso,
Se escucha del volcan otro rugido
Que reconcentra y muere en un gémido,
Hasta que con empuje poderoso
Deshace al fin la resistente valla
Y horrorizando el corazon de espanto
Con furia horrible retronante estalla.
Un mar de fuego que feroz se agita
Despide el ancho cráter;
Ruge, choca, se arrastra, serpentea,
En revuelto turbion se precipita
De elevado monte por las faldas...
Y en Pompeya la hermosa,
Igualmente matrona que liberta,
Rota la vestidura,
Pálido el rostro, la mirada incierta,
Con insensato afan huir procura,
Mientras palacios, mármoles, estátuas,
Y cúpulas y templos,
Se desquician y rompen en pedazos
Al retemblar la tierra;
Ebria la meretríz, entre los brazos
Del libertino que tambien se aterra
Aguarda la hecatombe;
Y las incandescentes

Masas de fuego caen sobre Pompeya
En cárdenos torrentes,
Como si por mandato del Eterno
La invadieran las llamas del Infierno.

El mónstruo de grandeza
Cuyas olas hirvientes se agitaban
Y espumantes y tristes y hervorosas,
Con horrible fiereza
Despues contra las rocas se estrellaban,
Azulado y sereno
Gime otra vez de melodía lleno.
Tambien calmó sus iras el gigante
De Pompeya verdugo,
Y el ancho cráter, rojo y humeante,
De vapores eleve blanca nube
Que hasta los cielos sube:
Mas ¡ay! murió Pompeya: su hermosura
Mutilada quedó por la soberbia
De aquel titan de fuego
Y es su recinto solo una llanura,
Tristísimo sudario
Que del mar al concierto funerario
Por veinte siglos encubrió el cadáver
De la hermosa matrona,
Joya del Arte y de esplendor corona.

Por los rigores de la triste suerte;
Por castigo tal vez de aquel pasado
De crápula que espanta,
De entre las frias garras de la muerte,
Como fantasma triste del pecado
Ya Pompeya tu espectro se levanta:

Y aunque inerme y sin vida,
Y por siglos y siglos carcomida,
Es tu grandeza tal, que al contemplarte,
Con soberano estruendo sin segundo,
Grito de admiracion eleva el Arte
Por tu grandeza que esclaviza al mundo.

DELIRIO.

A LOLA.

Deja que en el afan de mi delirio,
Eco del alma eleve á tí mi acento
Y así calma lo atroz de este martirio
Que por haber callado en ella siento.

Te ví, como la estrella que fulgura
Del ancho cielo en la estension hermosa;
Y tan radiante y perfumada y pura
Como se cimbra en el vergel la rosa.

Ese color moreno sonrosado
De tu semblante oval; los resplandores
De ese sol de tus ojos, bienpreciado
Que hace latir al corazon de amores,

Ese encage armiñado y nebuloso
Que sobre tu garganta leve ondea,
Ocultando el secreto misterioso
Que no se atreve á adivinar la idea.

Esa preciada flor que cuida tu alma
Sin que la embata el aquilon violento,
Flor que es emblema de quietud y calma
Porque es la hermosa flor del sentimiento.

Tu hermosura, que inspira la poesía;
Tu sonrisa, la imágen del consuelo,
Y el eco de tu voz que es la armonía
De las arpas que pulsan en el cielo.

Todos esos encantos me arrebatan;
Por ellos, niña, en mi ansiedad suspiro,
Y aunque tus ojos cuando miran matan
Aunque me maten con afán los miro,

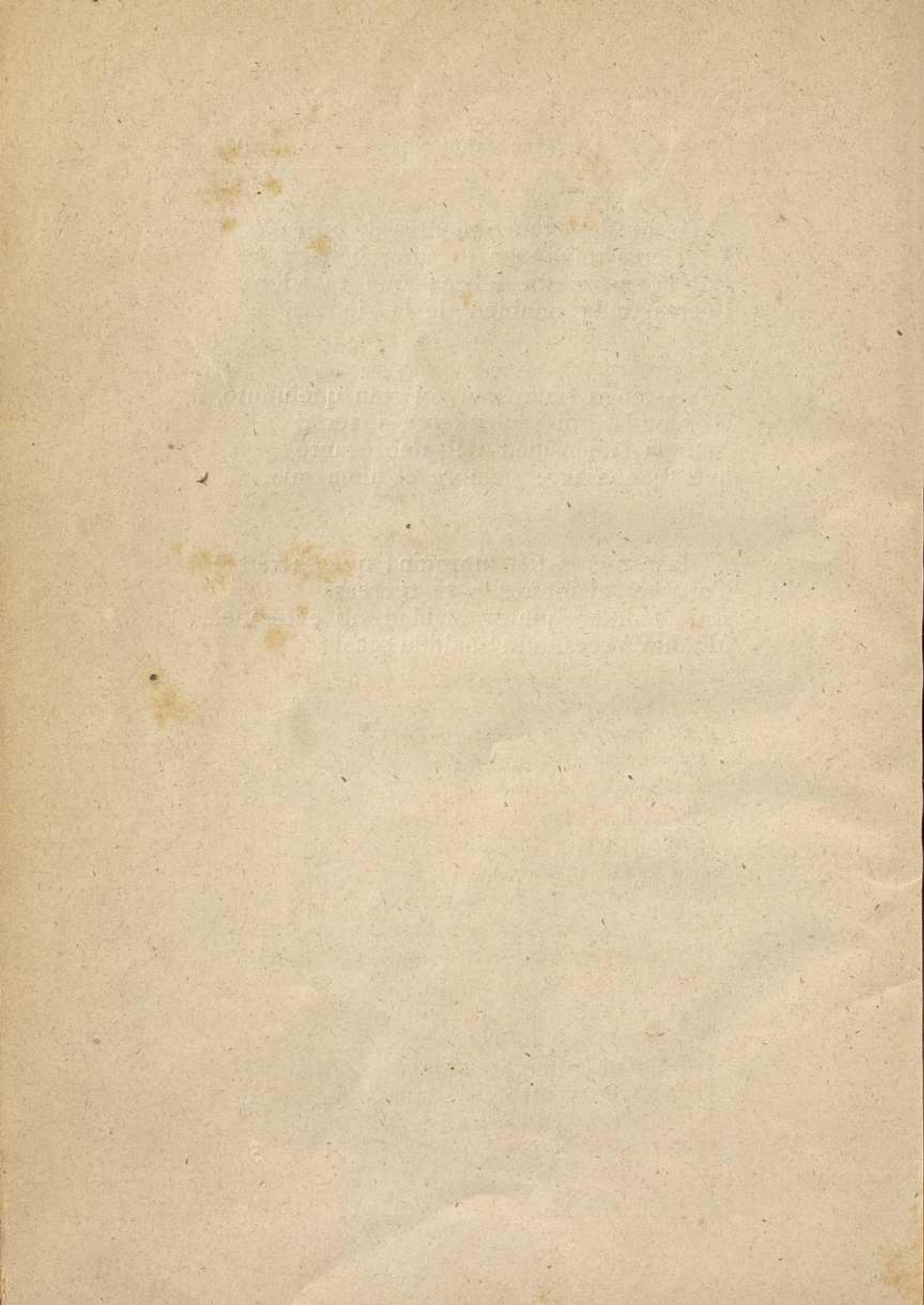
Quiero estampar sobre tus labios rojos
De mi entusiasta amor el sello ardiente,
Como la ardiente lumbre de esos ojos
Que hacen al hombre subyugar la frente.

Acércate, mujer; ven á mis brazos,
Porque quiero estrecharte en mi ansia loca
Y aspirar entre besos y entre abrazos
El perfumado aliento de tu boca.

Yo quisiera tener montes de oro;
Y si eres reina por tu gran belleza,
Por la entusiasta fé con que te adoro
Fueras reina tambien de la riqueza.

No tengo sedas por mi gran quebranto,
Ni blondas, ni esplendente joyería;
Sino la inmensidad del amor tanto
que te consagre siempre el alma mia.

Mas si eres tan mezquina que se vende
Tu amor al interés, y te recreas
En un dolor que tu maldad no entiende...
Maldita veces mil; maldita seas!



A CALDERON.

(EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.)

Del mundo en los confines,
Escúchase el concierto
Que amantes las naciones
Éntonan en clamor:
Son cánticos gloriosos
Para ensalzar á un muerto;
Son cantos á las glorias
Del muerto trovador.

Se escuchan las canciones
Doquier el viento zumba,
Que espresan en las almas
De amor anhelo fiel;
Canciones, que al unirse
Del muerto ante la tumba,
Refrescan sus marchitas
Coronas de laurel.

Suspira el bardo y pulsa
Las cuerdas de su lira;
Y el eco de las notas,
Se pierde entre el rumor
Del eco de otro bardo.
Que mas lejos suspira,
Cantando las grandezas
Del muerto Trovador.

Murmullo vagoroso
De célicas dulzuras
Que embarga al pensamiento
Se siente repetir,
Como eco deleitable
De arroyo que murmura,
Cual sábana de plata
Los prados al cubrir.

De lirios y azucenas
Y nardos y claveles,
La virgen entrelaza
Coronas con amor;
Que son pocas las flores
De todos los vergeles,
Para ensalzar las glorias
Del muerto trovador.

El sol sus rayos lanza,
Que como dardos de oro
Se clavan en el seno
Revuelto de la mar;

Y el alma siente entonces
En cántico sonoro,
Cual música divina
Las olas arru ar.

Mil pueblos delirantes
Insignias enarbolan;
Se escuchan las campanas
Y el eco del cañon;
Redóblanse los ecos,
Banderas se tremolan,
Y el mundo entero rinde
Tributo á Calderon.

Del mágico concento
La gloria se agiganta
Y el mundo ya retiembla
Con eco universal;
Y hasta presiente el pecho
Que el muerto se levanta,
Y al conmoverse, flota
Su manto funeral.

.

¡Sepulcro inanimado:
Sarcófago bendito
Que avaro el polvo guardas
Del noble Calderon!
Mármol en que se mira
Con letras de oro inscrito
Un nombre que de gloria
Llenó á la creacion;

Yo, pobre hijo del Arte,
Que en pos de halagadores
Ensueños venturosos
Cantarle deseé,
Mi canto es la violeta,
Que oculta entre otras flores
Radiantes de hermosura,
Se encuentran á tu pié.

Génios que de grandezas
Teneis vuestros doceles;
Que páginas de oro
La historia os consagró;
Que al peso os doblegais
De honores y laureles,
Que el mundo vuestras glorias
Estático admiró.

Vosotros cuyos cantos
Veneran las naciones
Y glorias sus dulzuras
Al génio pueden dár;
Unid ante el sepulcro
Las ritmicas canciones
Y vayan sus concentos
Las flores á aumentar.

Y tú, mortal que ofreces
Al génio tu alabanza,
Su gloria no te admire
De tu delirio en pos,

Si Dios creando al hombre
Le dió su semejanza,
El hombre es en la tierra...
La imágen de su Dios.

TUS ENCANTOS.

(Á PILAR.)

Avecilla que tiendes—las niveas alas
Cumpliendo los ensueños—de tu ventura,
Deja que cante ansioso—las ricas galas
Del conjunto brillante—de tu hermosura.

Hay cielos azulados—y transparentes,
Donde de Dios se mira—la pura escencia;
Mas nunca tan serenos—y sonrientes
Como el hermoso cielo—de tu existencia.

Eres pura, tan pura,—cual las huries
Que contempló en sus sueños—el alma mia;
Y en tus lábios se advierte—cuando sonries,
Toda la sal y gracia—de Andalucía.

Es tu color moreno,—tan sonrosado
Cúal las gallardas flores—de los vergeles;
Y tus frescas megillas—han arrancado
Todas sus rojas tintas—á los claveles.

Que los bellos querubes—ya no sonrian,
No es razon que yo miro—como ilusoria,
Pues te ven los querubes—y se extasian;
Que cuando tu sonries—se vé la gloria.

¿Que importa que el sol huya—tras la alta cumbre
Trocándose en tinieblas—sus tintes rojos,
Si quemando á las almas—su ardiente lumbre
Ese sol ilumina—que hay en tus ojos?

¿Que importa que las aves—de selva umbrosa
No llenen los espacios—con trinos suaves
Que es la cancion del cielo—mas melodiosa,
Si en tu acento se escuchan—cantar las aves?

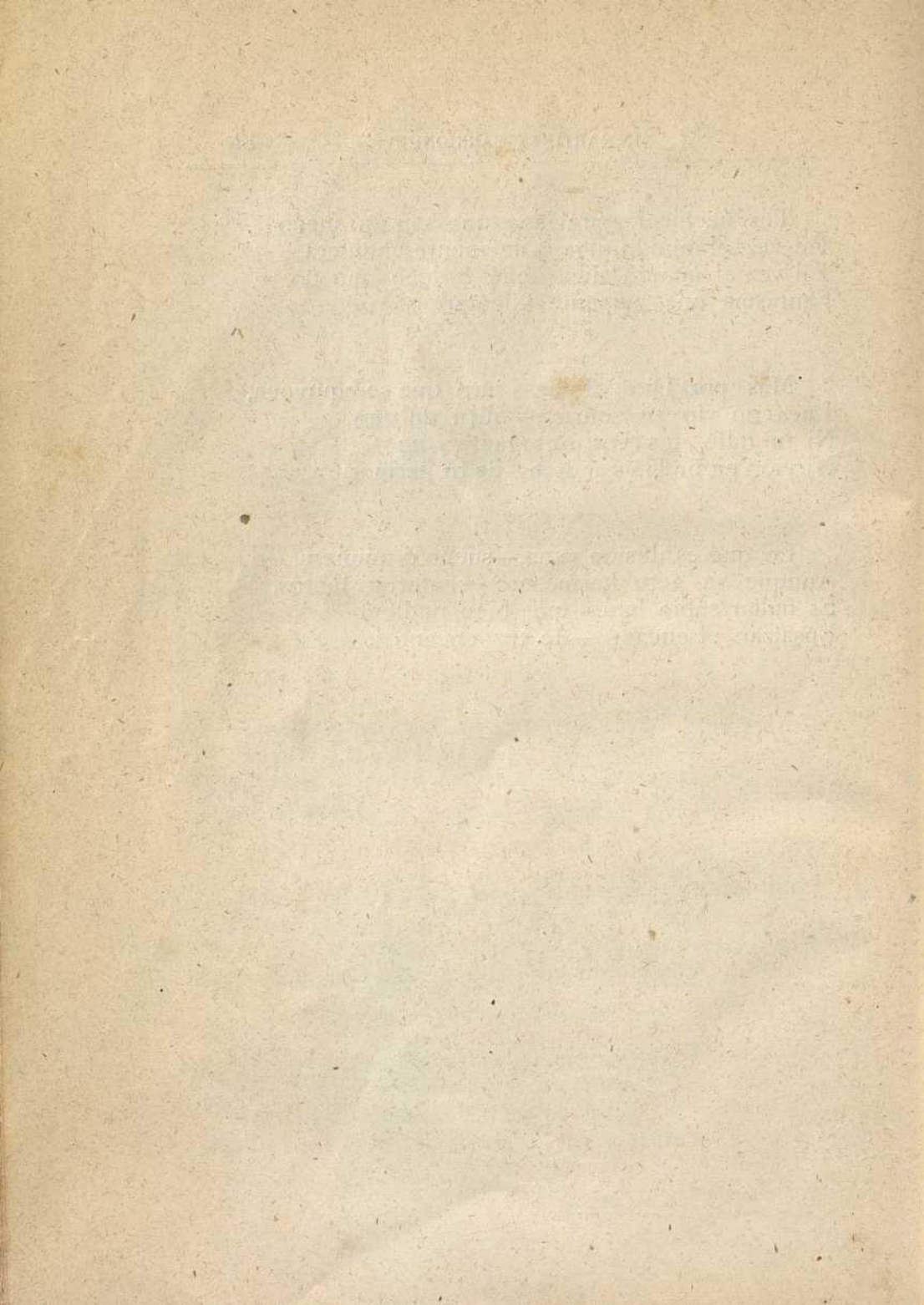
¿Que importa que su aroma—no den las flores,
Aliento embalsamado —que al pecho halaga,
Si á esos mismos ambientes—perfumadores
La escencia de tu aliento—los embriaga?

Si la palma se mece—magestuosa,
Si el clavel valancea—con galanura
Y si gallarda cimbra—la fresca rosa,
Mas gallardo es el aire—de tu cintura.

Tus hechiceras gracias,—que son un sueño
Tal vez el mundo diga,—de mente inquieta;
Tal vez el mundo diga—que es loco empeño,
Fantasma que persigue—siempre al poeta.

Mas por Dios, Pilar,—juro que se equivoca,
Pues no vió tu sonrisa,—ni tu dulzura,
Ni tu talle, tus ojos,—garganta y boca,
Ni vió, en fin la grandeza—de tu hermosura.

Lo que es ilusion vana,—sueño ó quimera,
Aunque ya á tu hermosura—cantaron tantos,
Es hallar sábio bate—que bien pudiera
Ensalzar el encanto—de tus encantos.



A RAFAEL CALVO.

(EMINENTE ACTOR DRAMÁTICO.)

Cuando con faz tan serena
Como corazon ardiente,
Erguida la noble frente
Te presentas en la escena;
Cuando tu acento resuena
Ya como rudo aquilon
O cual sonora cancion
En el sagrado proscenio,
Es tu voz la voz del génio
Que subyuga el corazon.

¡Arte! Palabra sagrada;
Colores, luz, fuego, vida;

La fé por Dios bendecida
Y de todos adorada;
Es la hermosa llamarada,
Que al iluminar la mente
Como una luz esplendente,
Con su rayo portentoso
Marca el camino glorioso,
Al que sus efluvios siente.

La humildísima cancion
Que entona mi pobre lira,
La entusiasta fé respira
Que enciende mi corazon.
Tributo de admiracion
Te rinde al par que te aclama;
Pues del génio en que se inflama
Tu amor al arte, sin cuento,
Se vé arder tu pensamiento
En la sacrosanta llama.

Eres pues el designado
Por mandamiento divino,
Para cruzar el camino
De los génios tan anciado.
Grandeza al Arte le has dado
Segun proclama tu historia:
Mas no olvide tu memoria
Pues que tan alto imaginas,
Que es un camino de espinas...
El camino de la gloria!

¡Oro! ¡Esplendor! Pompa vana
Que halagan al pensamiento;
Astro que brilla un momento;
Eclipsándose mañana:
Orgullo necio que emana
Pequeñez y oscuridad.
Para la posteridad,
No existe mejor riqueza
Que la espléndida grandeza
Que dá la inmortalidad.

A ROMILDA PANTALEONI.

Se oye en la escena tu sublime acento,
Cual salterio divino
Que vibra dulce entre el sin par concento
De coros celestiales;
Inspiracion grandiosa, melodía,
Que al armónico son de sus raudales
Late el pecho con férvida alegría.

Lauros gloriosos ciñes á tu frente,
Como la paz hermosa;
Y al grito de entusiasmo reverente
Que arrancas en la escena,
La vibradora trompa de la fama
Que el mundo entero con sus ecos llena
Cuenta tus triunfos y tu nombre aclama.

¿Como el cantor humilde, sonora
 La lira vibrar puede
Para ensalzar tu inspiracion grandiosa?
 Delirio... empeño loco;
Para ensalzar el génio que te inspira,
Ni existe inspiracion, ni existe lira,
Ni ingénio que te iguale; todo es poco.

Mensagera feliz del sentimiento,
 Que brota de tu alma.
Entre las ondas suaves de tu aliento;
 Fenix de la hermosura
Que trasportas el alma á otras regiones,
Mientras que de tus ojos la luz pura
Enciende en el amor los corazones;

Ave canora de armonioso trino,
 Juvenil y galana,
Sigue el de flores sin igual camino
 Con que te brinda amante
Por tu talento y sé la hermosa gloria;
Y al fin de la jornada, triunfante
Tu nombre brille en la eternal historia.

PINCELADAS.



AL POETA S. RUEDA.

Modestas flores son las que te dedico, que distan mucho de las preciadas que germinan en tu pensamiento.

Acógelas y sean el cariñoso lazo, emblema de nuestra amistad.

Manuel.

I.

Cual la gigante peña del barranco,
Que al rodar la pendiente,
Empieza lenta y cuando mas avanza
Su rotacion mas ímpetus adquiere,
La crítica mordáz asi introduce
Su baba ponzoñosa;
Se murmura una frase, se comenta,
Y el comentario al fin mata una honra.

II.

Te contemplé cual astro que reluce
Allá en el firmamento
Y contagió de amor á mi alma ardiente,
La ardiente lumbre de tus ojos negros.

Mas luego mi dolor no tuvo límites
Ni mi horrible desgracia:
Que aun mas grande que el fuego de tus ojos,
Es el cieno asqueroso de tu alma.

III.

Sobre el duro peñasco, que retiembla
Del huracan al ímpetu soberbio,
Al contemplar su barca hecha pedazos,
Blasfema sin piedad el marinero.

Lo mismo en los escollos de la vida
Que las pasiones sin cesar impelen,
Roto en pedazos al sentir mi pecho...
Rugiendo de dolor pido la muerte.

IV.

Desde los altos pinos,
Las canoras y tiernas avecillas
Lanzan dulces gorgoros
Al alma deleitando su armonía...
Y es, que desde las copas,
A la region del cielo ansiosas miran
Y el canto de los ángeles,
Con hermoso trinar, fieles imitan.

V.

Una flor contemplé fragante y pura,
Que al soplo de las auras se entreabria;
Y esa preciada flor, era tu boca;
Las áuras, tus sonrisas.

VI.

—De mirtos y de azucenas
Tejeré fresca guirnalda
Que adorne tu sien hermosa...
—Por Dios... calla!

—Tu dicha será mi dicha,
Mi embeleso tu embeleso,
Tu tristeza mi tristeza...
—Chits... silencio;

—Y tendré ricos collares
Que sobre tu seno brillen,
De perlas y de esmeraldas...
—Sigue... sigue...

.

¡Cuantas veces en el mundo,
Suele ocultar la vergüenza
De una mujer, los destellos
De un rico collar de perlas!

VII.

Negros son tus cabellos y tus ojos;
Negra la historia de tu infame alma;
Negra la pena que por tí me invade...
¿Por que te llamas Blanca?

¿Quieres que el mundo luche y se destruya?
 ¿O que florezca el géneo?
 ¿O que la mente arrebatada, vea
 En la existencia un cielo?
 Ofrécele al más sábio, al más valiente,
 O más noble ó más bueno,
 Cual premio á sus grandezas, uno sólo
 De tus rubios cabellos;
 Y así verás al mundo siempre en lucha,
 O al géneo floreciendo,
 O á la virtud, formando hermosa gloria
 De la vida y su infierno.
 Pues tanto y tanto tu hermosura enciende
 Del amor el deseo,
 Que aguerrido sería el más cobarde,
 Y santo el más perverso,
 Y el ignorante sábio se volviera,
 Por obtener el premio.

.

Un cabello no más; uno tan sólo
 De tus rubios cabellos.

Un rico ha muerto: del oro
Reluce el brillo en su caja...
¡Quiera Dios que al morir yó
Me dén de balde una zanja!

X.

Una lágrima pura, de tus ojos
Ardiente vi brotar...
Y vi con honda pena,
Por tu pálido rostro de azucena
Lentamente la lágrima rodar.

Tanta amargura y tanto sentimiento,
Tu triste lloro al ver
Se apoderó de mi alma,
Que intranquilo, perdida ya la calma,
De dolor otra lágrima lancé.

¿Quien niña angelical, de tu existencia
Los albores nubló,
Que viertes triste llanto?
¿Quien de tu alma rompiendo el puro encanto,
Entre oscuros celajes la envolvió?

¿Por qué el carmin de tu hechicero rostro
Tornóse en palidez?
¿Por qué triste suspiras
Cuando felicidad en otra miras?
¿Por qué dicha no gozas? di: ¿por qué?

.

Basta; no llores mas... tu amarga cuita
Escuché con dolor...
¡Pobre rosa inocente...!
El empuje del ábrego inclemente,
Tu delicado cáliz marchitó.

XI.

Cimbrábase gentil sobre su tallo,
Una azucena pálida,
Y su fresca corola, se entreabría
Al leve impulso de las finas áuras.

Junto al trono de Dios, en la alta esfera,
Un ángel dió un suspiro,
Mientras que del albór las blancas brumas
Desprendieron mil perlas de rocío.

Invisible el suspiro hendió el espacio:
Y unido á algunas perlas,
Cobijáronse al par entre los pétalos
De la elegante y pálida azucena.

Por Oriente asomó su faz hermosa
El rubicundo Febo,
Y la nítida flor unió en su cáliz,
Suspiros, perlas, y del sol destellos.

.

Tú eres cual la azucena misteriosa
Por Dios favorecida,
Que brinda en este mundo de dolores
El dulce bien de inestinguible dicha.

Perfume de virtud es tu perfume;
De sol es tu mirada;
En tu hechicera boca están las perlas,
Y el suspiro del ángel en tu alma.

XII.

¡Pobre niña! Vá desnuda...
Vá harapienta... tiene hambre...
¡Pobre de mí que no tengo
Un poco de pan que darle!

XIII.

Ya corta la quilla del barco velero,
Las aguas del mar,
Y forma rizados festones de espumas
El limpio cristal.

Ya el pobre marino del puerto se aleja;
Ya lanza su triste sentida cancion;
Ya el barco se pierde, cual huye del alma
Fugaz ilusion.

¡Quién sabe la suerte que el hondo oceano
Prepara al bajel!
¡Acaso las olas rugiendo encrespadas,
Sepulcro le dén!

Vogad marineros, siguiendo la ruta:
Cortando las olas, vogad sin temor;
¡Quién teme la furia del mar y los vientos...
Si confía en Dios!

XIV.

Al contemplarte ayer en la corriente
Del cristalino arroyo,
Retrató la sonrisa de tus lábios
Y las rosadas tintas de tu rostro.

Hoy te has vuelto á mirar y han retratado
Las linfas bullidoras,
El espanto que marca tu semblante
Amarillo cual pálida magnolia.

El límpido cristal del arroyuelo
Te deleitaba ayer, mas hoy te espanta,
Porque ayer retrataba tu pureza,
Y hoy tu impureza y tu maldad retrata.

XV.

Un pensamiento que á los cielos sube;
Una ilusion hermosa en su alborada,
Una flor que entreabre su corola,
Eso es tu alma.

Un pensamiento vago que se pierde;
Una ilusion que el tiempo hizo cenizas;
Una flor agostada y sin perfumes,
Eso es la mia.

XVI.

Al distinguirla el pecho se estremece:
Hundida en la almohada
Su frente hermosa, que la calentura
Sin compasion abrasa;
Perdido de sus ojos aquel brillo,
Luz bendita del alma;
Descompuesto el peinado, cuyas trenzas
Se ven en su garganta
Como negra serpiente á una columna
De alabastro enroscada;
En desorden los tules de su seno
Y vueltas las miradas
Con imponente afan hácia un aislado
Estremo de la estancia,
Delira... y me estremezco... rie, y lloro...
Y ya el dolor me mata:
¡Dios mio... que dichosa la vería
Si curaran las lágrimas!

XVII.

Cuando entierren mi cuerpo, Dios mio,
Te lo pido con toda mi fé;
No permitas que nadie se acerque
A la tumba que asilo me dé,
Porque es tanto el amor que á mi alma
Inspiró una mujer,
Que aunque esté de gusanos mi cuerpo roido,
Contágio de amores mi tumba ha de ser.

XVIII.

Con hipócrita aspecto, de rodillas
A los piés del altar,
Mirabas á tu amante, y te miraba
Con delirante afán.

Y una vieja devota, al contemplaros
Arrugando las cejas exclamó:
—¡Hasta en el mismo templo roba el diablo
Las almas al Señor!

XIX.

Roncas las olas, con estruendo horrible
Se alzan jigantes en su rabia fiera;
Vuélvense al estallar contra las rocas
Y entre sus huecos las escarchas dejan.

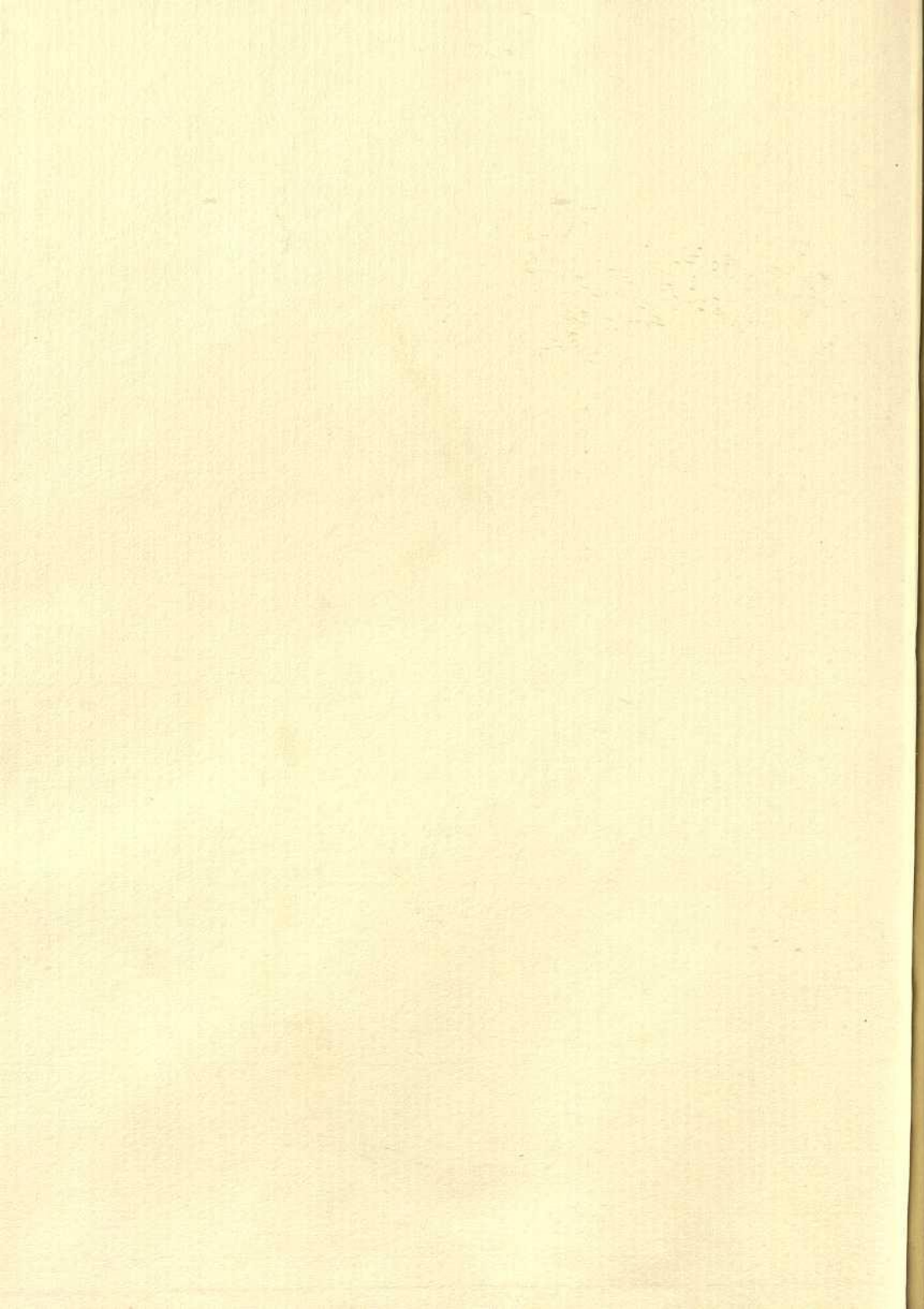
Por tu culpa, mujer, rugir tremendo
Sentí mi corazón con fiera rabia;
Y al ver el llanto que brotó en tus ojos,
No restó del furor... ni aun las escarchas.

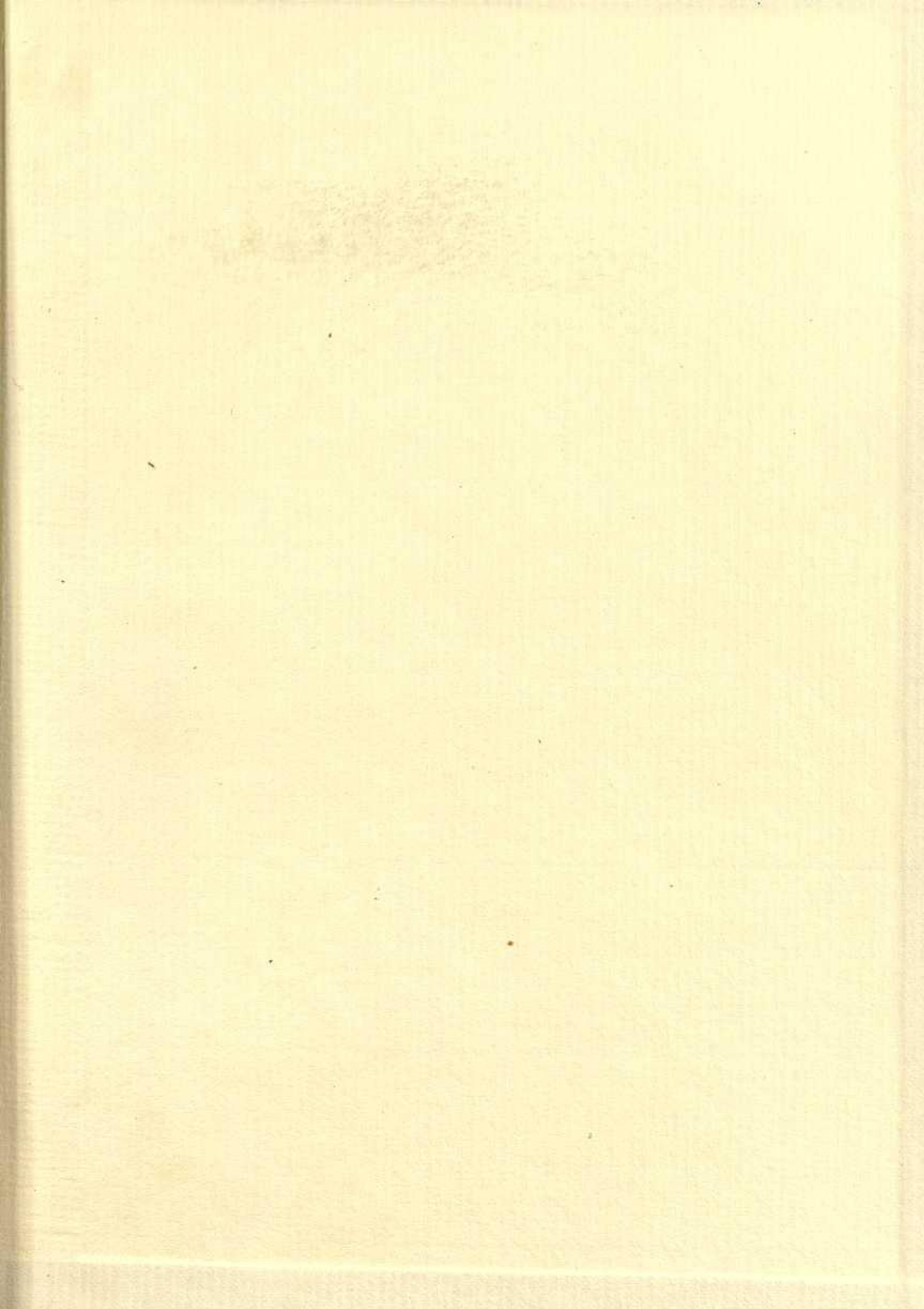
XX.

Cuando llega hasta tí, de boca en boca
Lo que digo en mi afán,
Mientras que en alta voz me recriminas,
En tu interior exclamas:—¡es verdad!

La verdad es amarga, y por lo tanto,
No agrada su sabor;
Por eso, callandito, siempre afirmas,
Lo que niegas alzando mas la voz.







FAN
XIX
348